

Hegemonía y Discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de “pueblo” en la retórica de Néstor Kirchner.

MUÑOZ, M. A. y Retamozo, Martín.

Cita:

MUÑOZ, M. A. y Retamozo, Martín (2008). *Hegemonía y Discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de “pueblo” en la retórica de Néstor Kirchner. Perfiles Latinoamericanos (FLACSO - México), (31), 121-149.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/martin.retamozo/240>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/psap/4M2>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Título:

HEGEMONÍA Y DISCURSO EN LA ARGENTINA CONTEMPORÁNEA.
*EFFECTOS POLÍTICOS DE LOS USOS DE “PUEBLO” EN LA RETÓRICA DE NÉSTOR
KIRCHNER.*

Maria Antonia Muñoz¹
Martín Retamozo²

Resumen.

El presente artículo presenta un análisis de la producción discursiva del gobierno de Néstor Kirchner en la disputa por sujetar el espectro de la soberanía popular a determinados contenidos, es decir, en su carácter de productor de hegemonía. Recuperando la perspectiva de la productividad política de la retórica, el trabajo reconstruye los usos de “pueblo” y la elaboración de relaciones sintagmáticas que ha realizado el presidente argentino con el fin de instituir un orden social luego de la dislocación de diciembre de 2001. Con la reconstrucción de la producción discursiva del gobierno nacional se pretende avanzar en la comprensión del proceso de reconfiguración hegemónica producido en la Argentina reciente.

Abstract

The rhetorical games are not the only tools of construction of political power, but these can tell us about that. These can be an indicator of the hegemonic strategies, which has been developed by the political actors. The present paper focuses on the linguistic elements of the president Néstor Kirchner`s hegemony strategy. The main argument is that singulars references about the people (as demos) and the recovery of the place of the State in the centre of the political scene, leaves us to estimate how is the principal coordinates of the political order, which was reorganized after its 2001.

¹ Candidata a Doctora por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Estudiante de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Pompeu Fabra, España. Licenciada en Sociología (UNLP, Argentina) y Magister en Ciencias Sociales (FLACSO-México) ✉ mariaantoniemunoz@gmail.com, mantoniamunoz@yahoo.com

² Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO-México). Profesor-Investigador Centro de Investigaciones Socio-Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Becario Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET-Argentina). ✉ martin.retamozo@gmail.com

(Los autores agradecen los comentarios de los dictaminadores anónimos quienes con sus sugerencias han contribuido a mejorar la primera versión del artículo).

A MODO DE INTRODUCCIÓN.

¿Cuál es la relación entre retórica y política? ¿Cómo opera el campo de lo discursivo en la construcción de la hegemonía? ¿Cuál es el lugar de la soberanía popular en las democracias actuales?, estas son algunas cuestiones la teoría política contemporánea ha constituido como un campo de reflexión. Estas preguntas de notable interés teórico adquieren un carácter aún más relevante para el estudio de la política en Argentina debido a la inagotable polémica que han suscitado los giros retóricos de los gobiernos posteriores a la crisis de los años 2001 y 2002³. En particular aquellos usados por Néstor Kirchner (2003-2007) puesto que mientras los opositores al gobierno describen al discurso presidencial como “populista” y “demagógico”, sus partidarios lo definen como expresión de la “voluntad popular”. Situados en este contexto, el presente artículo dirige su atención al análisis de los componentes de la estrategia discursiva del presidente Kirchner y sus efectos, especialmente, para estructurar el campo de acción de otros actores en un proceso de construcción hegemónica.

La hipótesis que guía el estudio, atendiendo a la importancia de la retórica en la política, es que los desplazamientos discursivos introducidos en este período, en especial la recuperación de la centralidad del elemento “popular”, constituyen una herramienta para dominar los conflictos que tuvieron como objeto de crítica a la clase política. Este intento de sujeción del espectro de la soberanía popular a contenidos particulares puede entenderse como un esfuerzo de reconfiguración hegemónica que, a su vez, lleva las huellas de las prácticas políticas de los movimientos sociales y las organizaciones políticas no electorales que elaboraron las demandas sociales en tiempos de dominación neoliberal. De esta manera, los usos de “pueblo” pueden concebirse como una estrategia para instituir un orden social luego de la dislocación de diciembre de 2001 pero también como la presencia indomable de las prácticas de lo político.

El artículo, con el propósito de reconstruir la producción discursiva del gobierno de Néstor Kirchner, los lugares de enunciación, los usos de la retórica y los efectos que éstos

³ A pesar de la importancia teórica e histórica del tópico, el mismo ha sido escasamente estudiado de forma rigurosa y sistemática. Este artículo, sin pretender agotar la complejidad del problema, se orienta a explorar este campo visiblemente desatendido y dónde encontramos claves para la comprensión de los acontecimientos actuales en Argentina.

causan en el orden social, se estructura de la siguiente manera. En la primera sección aportamos algunas claves para pensar lo “popular” en el campo de la teoría política y en esta perspectiva también revisamos someramente algunos de los más relevantes “usos de pueblo” que se han instrumentado en la historia argentina reciente. En la segunda parte nos abocamos a explorar en el discurso de Néstor Kirchner para reconstruir los lugares y operaciones retóricas orientadas a configurar un escenario político. Analizaremos el uso del concepto de “pueblo” y otras figuras asociadas como un intento de producir hegemonía en el campo político. La tercera sección la dedicamos a profundizar en la indagación que hizo el discurso en cuestión de uno de los mitos arrojados a la arena política: el Estado como instrumento de redención a partir de una promesa de plenitud social, aportando claves de lectura para la realidad política del país. A partir de las secciones anteriores, la cuarta parte se orienta a explorar cómo funcionaron las articulaciones discursivas en la dominación de uno de los principales conflictos sociales: la movilización de los desocupados. Finalmente recuperaremos algunos de los ejes vertidos a lo largo del trabajo para ofrecer unas reflexiones finales.

I. LOS USOS DE PUEBLO EN ARGENTINA.

El concepto de pueblo, como tantos otros en las ciencias sociales, ha sido objeto de constantes definiciones, disputas, polémicas, abandonos, reencuentros y reposicionamientos. Frecuentemente éste emerge en los discursos teóricos (y políticos) asociados a otros conceptos como democracia, ciudadanía y soberanía, sin embargo, parece nunca perder ese estatus de objeto controversial a juzgar por el lugar que ocupa en las distintas tradiciones intelectuales como la liberal, la republicana y la marxista. Las posiciones en contra (tanto de izquierda como conservadoras) frecuentemente asocian el concepto con posiciones autoritarias y antidemocráticas. Para Sartori (1989), por ejemplo, no existe nada menos afortunado que la definición por la cuál la democracia se adjudica al “gobierno del pueblo”⁴, puesto que la evocación del colectivo es peligrosa ya

⁴ El politólogo italiano se pregunta ¿es la mayoría absoluta?, ¿es el conjunto de los ciudadanos?, ¿son los pobres, lo menos afortunados?, en la misma línea mucha de las críticas al concepto de “pueblo” se centran en su polisemia.

que puede ser usada como pretexto para realizar un traslado de la opinión pública a la autoridad política, lo que constituye en un obstáculo para precisar los procedimientos institucionales. Desde otro carril ideológico, Hardt y Negri (2002) y Virno (2003) llegan a la conclusión de que el *pueblo* constituye el revés del poder concentrado del Estado. En contraposición, la multitud sería el sujeto democrático por excelencia porque permite interrumpir el ejercicio de la dominación de los Estados asociados al capital. Mientras tanto otros autores, en cambio, prefieren reconocer en aquel concepto un elemento coexistente con lo político y la democracia, con lo cual tanto su uso conceptual como su importancia histórica quedan justificados. Teóricos como Agamben (2001), Ardití (2007), Balibar (2004), Laclau (2005 y 2006) y Rancière (1996 y 2006) son algunos de los que han recuperado de manera positiva la dimensión popular de la política. Si bien los argumentos son disímiles, estos autores señalan el aspecto “democrático-emancipador” de lo popular al disociarlo de la idea de la unicidad y de los dominios del Estado.

No podemos aquí detenernos en una discusión sobre los usos de pueblo en la teoría política, algo que nos llevaría lejos de los propósitos del artículo. Sin embargo es necesario precisar sucintamente algunos puntos que hacen a la utilización metodológica del concepto a lo largo del presente trabajo. Es conveniente destacar que nos alejamos de una noción monolítica u homogénea del pueblo, cuya identidad y destinos podrían concebirse como preexistentes a lo político. En cambio consideramos, siguiendo a Laclau (2005 y 2006), que el pueblo es una articulación discursiva producto de una operación política que tiende a definir en la sociedad dos campos: el campo popular y el campo del enemigo, generando de esta manera un antagonismo. Esto muestra la imposibilidad de asignarle un contenido a “pueblo” con independencia de los significados que puede articular⁵. Significados que, por otra parte, son construcciones históricas cuya génesis y movimientos es posible indagar.

Lo anterior nos lleva a concebir que, a los objetivos del trabajo, más que elucidar la polisemia (ya sea análoga o equívoca) de pueblo prefiramos entenderlo como un significante cuya importancia en el campo de lo político lo hace objeto de disputas para

⁵ En su crítica a *La Razón Populista* de Ernesto Laclau, Žižek (2006) repara en que el análisis centrado en lo discursivo pierde de vista que un elemento fundamental para indagar en el contenido del “pueblo” es desentrañar la composición de las fuerzas sociales que componen los bloques históricos en disputa. Este aspecto, de indudable relevancia, excede los fines del presente trabajo.

anclar significados⁶. Analizar el juego de equivalencias y diferencias, los lugares de enunciación, los desplazamientos retóricos que se establecen en el proceso de construcción discursiva de pueblo adquiere entonces una notable importancia para la comprensión de los acontecimientos inscriptos en el campo de la política.

Ahora bien, ¿en qué sentido ha sido recuperada la dimensión del pueblo (y lo “popular”) en la práctica política argentina? Es visible que entre los elementos discursivos puestos a jugar en la política argentina, la palabra “pueblo” ocupa un lugar destacado. Este signo cuenta con la “marca” (a veces olvidada, otras recuperada) de innumerables contiendas por el reconocimiento y la inclusión de diferentes sectores a la vida política, desde las luchas por la independencia del siglo XIX hasta las libradas por los derechos laborales del movimiento obrero desde principios del siglo XX. Estos avatares tuvieron a mediados del siglo, tras la consolidación del movimiento peronista y la política estructurada alrededor del “Estado social regulador e industrialista”, un momento clave en la producción discursiva cuando se produjo una asociación sintagmática de “pueblo = trabajador”. De este modo, el significante se convirtió en una figura que convocaba a la movilización de los asalariados, jóvenes, profesionales y una amplia gama de sectores tras la búsqueda de mayores espacios de participación en la distribución del ingreso, por nuevos derechos sociales, por la defensa de los ya adquiridos o por la ampliación de los mismos (Merklen, 2005). Por su parte, esquemáticamente, durante el período que va del año 1955 a 1973, el concepto de “pueblo” (y sus relaciones significativas: trabajador = peronista)⁷ sirvió como referencia para todos casi todos aquellos que antagonizaban con los gobierno no peronistas y los sectores dominantes. Como consecuencia de esta identificación la construcción del campo popular definía una frontera al interior de la sociedad para oponerse al campo de la “oligarquía” (Laclau, 2005). Esto pone en evidencia la efectividad de las articulaciones políticas que encontraban en el significante

⁶ Asimismo, es necesario reparar en la importancia de la construcción de un pueblo para el funcionamiento de la democracia. Tal como lo demostró Laclau (2006) gran parte de la tarea de la política pasa por los intentos de construir ese sujeto “pueblo” que legitime orientaciones políticas específicas

⁷ Este desplazamiento pueblo=trabajador=peronista significó un dilema para las visiones de izquierda que muchas veces pugnaron por romper con estas asociaciones e instalar posiciones clasistas no peronistas o recuperar el signo pueblo-popular por fuera del campo simbólico del peronismo.

“pueblo” una referencia para amalgamar proyectos e identidades políticas incluso con un alto grado de heterogeneidad entre ellas.

La densidad del significante “pueblo” (y su probada efectividad política) profundizó el conflicto en torno a su polisemia y, en especial, la posibilidad de una sobredeterminación de alguno de los sentidos sobre otros posibles. Por lo tanto no es extraño que hacia la segunda mitad de la década del setenta se agudice la disputa y posterior desplazamiento de los sentidos de “pueblo”. Así a la identificación de pueblo con los oprimidos, la clase trabajadora, las clases medias y otros sectores que antagonizaban con la oligarquía, se le opuso una idea de “pueblo” estrechamente vinculada a “patria, tradición, familia y religión” en el discurso del gobierno militar (Bravo, 2003). Esto intentaba producir una debilitación de “pueblo” en tanto categoría de identificación colectiva beligerante hacia los sectores dominantes y un intento de corrimiento hacia una nueva antagonización, esta vez contra el “comunismo” y la “subversión”. En este aspecto, el discurso de la dictadura militar encontró también en la idea de pueblo un anclaje importante que resemantizado con patria, tradición, religión, buscó ser funcional a su intento de legitimación política.

En el período de transición a la democracia el significante flotante de pueblo se erigió nuevamente sede de la disputa por el sentido. Esta vez el intento discursivo de Raúl Alfonsín fue establecer una ligazón semántica entre pueblo, ciudadanía y democracia. El desplazamiento provocaba que pueblo abandone aspectos asociados a la identidad y legitime un proyecto democrático procedimental que se extendía hacia la satisfacción de las demandas ciudadanas: la consigna “con la democracia se come, se cura y se educa” enarbolada por el alfonsinismo así lo indica.

Durante la campaña electoral y luego su gobierno, Carlos Menem (1989-1999) articuló el significante “pueblo” de múltiples formas de acuerdo a los interlocutores, los contextos y los destinatarios, explotando al máximo su capacidad de interpelación. En un primer momento identificó al pueblo como una entidad homogénea de la cual derivaba un mandato hacia su persona. La irrupción del liderazgo menemista en su primera fase tenía el sentido del “caudillo” decimonónico cuya legitimidad estaba en *ser parte de* y a la vez *representar-condensar* a un grupo, en este caso el “pueblo”. No obstante este sentido fue desplazándose hacia defender los intereses de ese “pueblo”, que a juicio del por entonces presidente reclamaba estabilidad económica luego de los períodos de turbulencia

hiperinflacionaria de finales de los ochentas. Este “mandato” que derivaba del pueblo pero al cuál no se le debía rendir cuentas habilitó a Menem para implementar la política de estabilización mediante una batería de políticas (equilibrio fiscal, políticas de ajuste, privatizaciones, paridad dólar/peso, etc.) que guardaba en última instancia la promesa de inclusión social. En esta nueva matriz discursiva, signada por el Consenso de Washington, reservaba el lugar de mecanismo de coordinación social y de promoción del bienestar general al mercado y ya no al Estado. Los sentidos neoliberales parecieron imponerse a los viejos sentidos nacional-populares-estadocéntricos aunque en lo discursivo no dejaba de invocarse el “interés del pueblo” en la nueva política neoliberal. El eufemismo menemista “economía popular de mercado” sintetizaba los sentidos por entonces.

No obstante hacia 1996, y ya bajo el segundo mandato de Menem, comenzaron a emerger intentos de resistencia que recuperaban la palabra “pueblo” y le daba otro sentido; estamos refiriéndonos a las puebladas (Laufer y Spiguel, 1999) En efecto, los rastros de los usos históricos de “pueblo” no pudieron ser arrancados de la memoria colectiva y sirvieron para deconstruir los sentidos dominantes y generando nuevas articulaciones discursivas que ponían a “el pueblo” en conexión con los “derechos colectivos” y con una idea de perjuicio o de “víctimas”. Este es el caso de las denominadas “puebladas” durante los años 1996 y 1997 en Cutral C6 y Plaza Huincul en la provincia de Neuqu6n. Javier Auyero (2002) en un excelente trabajo etnogr6fico reconstruye la densidad de sentidos puestos en juego en aquellas protestas colectivas y evoca la consigna coreada entre los manifestantes “Si este no es el pueblo, el pueblo donde est6”, la cual a nuestro entender supone la recolocaci6n de un sujeto que se reconstituye, emerge radicalmente en el espacio p6blico de una carretera nacional y niega su ausencia. La convocatoria del espectro de pueblo para dotarlo de una corporalidad beligerante en los piquetes de Cutral Co y Plaz Huincul pueden considerarse importantes antecedentes de la presencia radical del pueblo y su soberan6a en los acontecimientos de 2001.

Es preciso destacar que la utilizaci6n del significante pueblo fue desplazado del discurso pol6tico de la Alianza (UCR-Fre.Pa.So) que gobern6 el pa6s a partir de diciembre de 1999 hasta su estrepitosa ca6da en el ya m6tico diciembre de 2001. La Alianza mantuvo las coordenadas b6sicas del anterior gobierno e incluso profundiz6 pol6ticas de ajuste

estructural mientras que en lo discursivo centró su atención en demandas de “transparencia” y “honestidad”. De esta manera invocó la idea de “ciudadanía” e incluso “gente” en el intento de alejarse de la retórica política anterior asociada a lo popular. No obstante, en particular desde el 2000, nuevos síntomas de un espectro emergieron en la Argentina (desocupados, trabajadores sindicalizados, estudiantes) a la par que el precario intento de hegemonía discursiva naufragaba en el mar de los avatares políticos⁸ y la recesión económica. En efecto, durante el 2001 y parte del 2002 transitó por el espacio público argentino el viejo espectro del “pueblo” poniendo en evidencia los múltiples y heterogéneos daños que el orden social neoliberal provocaba en diferentes partes de la sociedad. Los desocupados reclamando trabajo, los estudiantes en defensa de la educación pública en peligro, los trabajadores defendiendo su salario y, posteriormente, los “ahorristas” protestando por la confiscación de sus depósitos bancarios. En diversas formas, como una precaria y contingente síntesis de lo heterogéneo era el pueblo que primero se presentaba en público (nuevamente “si este no es el pueblo, el pueblo donde está”) y luego asumía radicalmente su soberanía exigiendo “que se vayan todos” los representantes⁹.

La asunción de la presidencia provisional por parte del senador Eduardo Duhalde a inicios de 2002 significó un intento de recomposición del orden institucional fuertemente trastocado por la sucesión de presidentes y el clima de protesta social. El contexto político del verano argentino de 2002, las movilizaciones, los muertos del 19 y 20 de diciembre, pusieron a Duhalde frente a un intento de reestabilización política que buscó eficacia retórica e intentó hacer de “pueblo” uno de sus referentes importante. El andamiaje discursivo duhaldista se basó en recuperar algunos signos “nacional-populares” y en reconocer la “crisis” histórica del país y allí el rostro difuso de una “víctima”: el pueblo. No obstante este movimiento, el bagaje histórico de Duhalde, sus alianzas políticas y sus vínculos con los sectores de poder, imposibilitaron la elaboración

⁸ En particular con la renuncia del vicepresidente Carlos “Chacho” Álvarez luego de acusaciones de corrupción para la aprobación de leyes de flexibilización laboral.

⁹ Los acontecimientos de diciembre de 2001 han sido tangencialmente abordados en una notable cantidad de trabajos (De Lucía, 2002; Bonasso, 2002; Almeyra, 2004) aunque es difícil afirmar que hayan sido trabajados sistemáticamente desde las ciencias sociales. De la misma forma los procesos signados por el “que se vayan todos”, las asambleas barriales y la efímera unidad entre “Piquete y Cacerola” ha sido objeto de diversas interpretaciones. (Caffasi, 2002; Barbeta y Bidaseca, 2004)

de políticas de redención popular o que sus intentos sean fallidos. Esto se hizo más evidente luego de los asesinato de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán en la “Masacre de Avellaneda” el 26 de junio de 2002 (MTD, 2003) cuando la opción represiva generó respuestas de movilización social que forzaron a que Duhalde convocara a elecciones presidenciales.

Dos conclusiones provisorias podemos desprender de lo anterior. Por un lado, la evidente importancia de los juegos y luchas retóricas como elementos constitutivos de la política. Por otro lado, la relevancia del significante “pueblo” en los intentos de articulación discursiva de los proyectos que buscaron construir hegemonía en Argentina a lo largo de su historia reciente. Ambas conclusiones serán de mucho interés e importancia como plataforma para el análisis del discurso de Néstor Kirchner que nos proponemos en lo que conforma la parte central de este trabajo.

II. DE LA CRISIS HACIA LA REDENCIÓN: EL LUGAR DEL “PUEBLO” EN EL DISCURSO DE NÉSTOR KIRCHNER.

El concepto de hegemonía hace referencia a un tipo de práctica articuladora entre demandas heterogéneas que tiene como resultado la creación de una identidad política. En diversas oportunidades Ernesto Laclau (1997, 2005) ha definido a la hegemonía como relación en la cuál una particularidad se convierte en el nombre inexacto, inconmensurable de una universalidad. Este ejercicio de representación es posible porque en determinado momento histórico una serie de luchas discretas son articuladas a partir de aquello que tienen en común, la negatividad frente a un “otro” que las daña. Desde este punto de vista, la creación de las identidades políticas está asociada a la formación de efectos de frontera que permiten distinguir a los amigos de los enemigos. Pero además, la teoría de la hegemonía supone que la articulación es posible gracias a la producción de “significantes vacíos” o “puntos nodales”, los cuales se destacan por ser demandas que debilitan su contenido particular para pasar a representar, siempre de manera incompleta, al conjunto equivalencial. En este sentido, los juegos del lenguaje encarnan la forma paradigmática de la hegemonía, ya que los sentidos de la acción sólo pueden ser

comprendidos a partir de las relaciones y la distancia que establecen con otros y por la precariedad de su significado¹⁰.

Hegemonía, discurso y política tienen, según Laclau y Mouffe, una “complicidad ontológica” a la hora de estructurar campos de acción en una sociedad. Por lo tanto, las formas del discurso y los significados¹¹ que operan en el terreno de las disputas por el orden social resultan indicadores claves de análisis de los modos de construcción hegemónica. Es decir, esta concepción de la hegemonía supone que el discurso hablado y escrito constituye también una herramienta para producir articulaciones, exclusiones y delimitar el campo de acción de los sujetos políticos. Si, como sostenemos, la retórica tiene un efecto performativo en el campo político nos preguntamos entonces cómo operó en el discurso de Néstor Kirchner, especialmente en su intento de reconfiguración hegemónica sobre los restos de la crisis (dislocación) que enfrentó Argentina hacia el 2001-2002.

En las elecciones realizadas el 11 de marzo de 2003 Néstor Kirchner obtuvo apenas un 22% de los votos y fue consagrado presidente como resultado de la renuncia de Carlos Menem¹² a participar de la segunda vuelta. Por este motivo, al momento de su asunción, el primer mandatario evidenciaba un déficit de la legitimidad otorgada por un voto mayoritario.¹³ No obstante, al poco tiempo de ejercicio presidencia, Kirchner alcanzó un alto consenso y centralidad en el escenario político argentino debido a la convergencia de

¹⁰ No pretendemos agotar el proceso de construcción de la hegemonía a lo discursivo (y mucho menos aún a lo lingüístico), hay factores relevantes (como las instituciones, las estructuras, las fuerzas sociales y bloques históricos) que deben ser analizados para dar cuenta de los procesos complejos de construcción hegemónica. Por la imposibilidad de abordar esa totalidad, este artículo se concentra en la faz discursiva de la construcción de hegemonía.

¹¹ Esto es evidente cuando se tiene presente que la política está íntimamente ligada a las disputas por el significado y el uso de aquellos que une y legitime el régimen político como, por ejemplo, la justicia, la igualdad, la libertad. Esto implica un intento de estructuración permanente, un juego entre inclusiones (articulaciones) y exclusiones (antagonismos) que nunca culmina.

¹² Carlos Menem había obtenido 24,3% de los votos, ubicándose como ganador de la primera vuelta, pero abandonó la posibilidad de participar en la contienda electoral al conocerse diversas encuestas que le daban un porcentaje de rechazo de alrededor del 70 por ciento.

¹³ Además de diversidad de las opciones electorales todavía mostraban una aceptación relativa entre la población de las propuestas de índole liberal y centrados en el mercado libre. Si bien hubo una dispersión del voto importante, los candidatos López Murphy y Menem, que entre los dos sumaban casi un 40% de los votos, representaban la continuidad de políticas de índole liberal, aunque cada uno con matices diferentes. Esto es un indicador que a pesar de la crisis había un importante sector de la población que todavía seguía creyendo en las promesas de un proyecto neoliberal.

una serie de procesos, entre ellos: la dinámica económica positiva, las decisiones vinculantes que respondieron a demandas claves y una retórica ligada a la recuperación de signos “nacionales” y “populares” asociada a la constelación discursiva del peronismo histórico.

Para consolidar la gobernabilidad el nuevo gobierno respetó inicialmente la mayoría de los cimientos básicos de las políticas económicas que se había diseñado bajo la administración del anterior¹⁴. En la dimensión simbólica, el discurso rearticuló y profundizó la presencia de símbolos “nacional-populares”¹⁵ que habían emergido en el gobierno provisional, intensificando el uso de la figura del “pueblo dañado”, de la reparación a través de la inclusión social por parte del Estado y del enemigo político, ahora claramente identificado como “el neoliberalismo”.

Estas claves históricas se combinaron con una estrategia particular dirigida a explotar ciertos recursos simbólicos arrojados al escenario público por las prácticas de movimientos y organizaciones políticas no electorales (tales como las organizaciones de desocupados, asambleas barriales, ahorristas, etc.). El gobierno de Kirchner insistió en la utilización de la promesa de un futuro pleno a través de la recuperación de los poderes del Estado y la voluntad política puesta al servicio del desarrollo económico industrial, algo que redundaría en la inclusión social como reparación a un pueblo explotado, abusado y dañado. En consecuencia, se potenció la idea de que la plenitud de la sociedad argentina dependía de la recuperación de “la política” y el Estado para que estén nuevamente al servicio del pueblo. A diferencia de otros momentos de auge de los elementos “populares”, los principales momentos de discurso se articularon con otros relacionados con la calidad institucional y la transparencia en los procedimientos, ambos requerimientos del juego democrático y condiciones necesarias para alcanzar la legitimidad perdida. Hacia este lugar se dirigieron los gestos de renovación de la Corte

¹⁴ Esto se evidencia en la continuidad de Roberto Lavagna, ministro de economía de Duhalde, durante los primeros años de la gestión, y los lineamientos signados por la persistencia de la moneda devaluada (que favoreció a los sectores agroexportadores) con retención a las exportaciones como una de las fuentes de ingreso del Estado.

¹⁵ Svampa (2005) dice que lo nacional-popular se caracteriza por tres ejes. La apelación al pueblo-nación por sobre las clases, la presencia de un líder y una política redistribucionista.

Suprema de Justicia,¹⁶ las leyes y los actos públicos relacionados con los derechos humanos, las políticas contra la corrupción política, etc.

En otras palabras, las coordenadas simbólicas que articula Kirchner inscriptas en la constelación nacional-popular provinieron de la historia del peronismo, pero también el discurso tuvo la capacidad de amalgamar (recuperando, transformando y reinterpretando) tanto las demandas y “los mitos” arrojados al espacio público por las actuaciones de los movimientos y organizaciones populares desde la periferia o el exterior de las instituciones guiadas principalmente por una lógica de representación funcional.

El gobierno de Kirchner puso en evidencia los alcances de la productividad del discurso y la función constitutivamente política de la retórica. La potencia de su discurso fue parte instituyente en la constitución del escenario político argentino donde el propio presidente pudo actuar. Para ello debió articular aquel espectro que despertaron las movilizaciones de finales del 2001 y principios del 2002: la figura del pueblo como sujeto soberano. Pero especialmente tuvo que dominar un antagonismo que había emergido con una inusitada fuerza: la de pueblo contra clase política. En este sentido, si bien las múltiples demandas producidas y atribuidas al sujeto-pueblo reclamaban para sí el poder constituyente, no siempre se pudieron articular (y cuando lo hicieron fueron fugaces y sumamente inestables), ni convertirse en una alternativa de poder, pero también es cierto que las movilizaciones tuvieron éxito en procesar demandas sociales e identificar un enemigo: la “clase política”. Así como en una fase anterior de movilización popular se produjo la distinción “pueblo-oligarquía”, al menos desde el Cutralcazo de 1996 es posible percibir un corrimiento hacia un nuevo antagonismo “pueblo-clase política” que tiene en el “que se vayan todos” su punto más importante de capacidad disruptiva¹⁷.

En este contexto operó la productividad del discurso de Kirchner. ¿Cómo romper con ese antagonismo para desplazarlo, transformarlo y articularlo en beneficio de la construcción política propia? Este fue el interrogante central en la relación del presidente con los

¹⁶ La Corte Suprema de Justicia había sido blanco de muchos de los “cacerolazos” y sus miembros fuertemente cuestionados por la ciudadanía. La renovación de la Corte implicó la articulación de una “demanda” ciudadana que también rendiría sus frutos políticos al atacar un lugar de poder en manos de sectores vinculados a Carlos Menem y opositores declarados desgobierno nacional.

¹⁷ En este punto podemos pensar el paso del “Que venga Sapag” (el gobernador de la provincia) principal demanda de los manifestantes neuquinos en el primer cutralcazo (Auyero, 2002) al “que se vayan todos” de finales del 2001 y principios del 2002, como un cambio en lo que refiere a la forma de percibir el vínculo de representación política.

movimientos sociales que habían despertado al espectro del “pueblo” en el intento por reconfigurar la hegemonía política ordenante del espacio social. La producción del discurso de Kirchner se erige, entonces, como un campo indispensable de investigar para comprender los alcances de la operación de sutura hegemónica producida por el presidente argentino.

Una de las características del discurso político es que el alocutor no es una figura estática sino que, en el acto de enunciación, se van realizando sucesivos deslizamientos y modificaciones que le hacen ocupar un lugar simbólico útil para los fines del locutor (García Negroni, 1988). Así como los destinatarios son múltiples, las funciones de la enunciación lo son también. Se interpela a los seguidores para reforzar la creencia común, se persigue obtener el apoyo de los indecisos a través de la persuasión, se dirige a los adversarios para polemizar con el objeto de marcar la identidad del grupo de pertenencia y exponer los propios argumentos como superiores al otro (Verón, 1987). No obstante, si se quita un poco de protagonismo al enunciador y se observa al discurso como el resultado de una relación estratégica entre diferentes posiciones en juego, se puede entender al texto (oral u escrito) como el resultado de una interacción donde la marca de los sujetos queda impresa. En esta perspectiva podemos reconocer dos interlocutores en el discurso de Kirchner: el paradestinatario y el contradestinatario:

1. El paradestinatario: reconocimiento del daño y control de demandas.

El paradestinatario, de acuerdo con Verón (1987), es el aquel espacio social al que se busca persuadir a través de una interpelación discursiva. En este aspecto el esfuerzo de Kirchner se orientó a “nombrar” a esa víctima de lo que denominó la “crisis”, de este modo identificó a un sujeto dañado al cual referirse. Esta identificación, como veremos, permite luego abrir el espacio de la redención que reserva un lugar clave para el propio locutor (en tanto redentor¹⁸), algo posible de reconstruir analíticamente si atendemos a las intervenciones presidenciales.

¹⁸ La referencia al estilo redentor tiene origen en el análisis que realiza Casnovan (1999) sobre los populismos. Para la autora este tipo de prácticas nacen en la brecha que se genera entre un estilo pragmático y otro redentor, ambas dimensiones conviven pero en competencia y en forma conflictiva dentro de las democracias occidentales.

“Sólo cuando el Gobierno se desentiende del pueblo, es que toda la sociedad empobrece, no sólo económicamente sino moral y culturalmente”[...]“Yo lo que no quiero es mentirle al pueblo argentino, no quiero hacer un manoseo más de la credibilidad de nuestra Argentina y les voy diciendo paso a paso lo que vamos haciendo, pero no me van a ver a mí tratando de mostrar un proyecto grandioso para después defraudar a todos. Prefiero ir construyendo con todos ustedes día a día la nueva Argentina, pero sin caer en promesas vanas y vacías.”¹⁹

Este párrafo, extraído de uno de los primeros discursos del primer mandatario, inicia con una frase del orden del saber, en torno a las relaciones entre gobierno y pueblo, para luego abrir paso a lo programático, lo que el gobierno se propone hacer. El objetivo es mostrar que “el pueblo” (aquella víctima dañada) se instituye como el principal sujeto representable del gobierno, al cuál luego se dirigirán las principales decisiones que tome el gobierno. Nótese que la elección podría haber sido otra: ciudadanos o votantes, incluso podría haber nombrado a sectores discretos (trabajadores, mujeres, niños).²⁰ Entendido como “meta colectivo singular”²¹ el pueblo se instituye, de esta manera, como el soberano aunque en su misma estructura acepte como reverso un representante ahora legítimo: el gobierno²²

¹⁹ Discurso de toma de posesión del cargo de presidente de la nación, Néstor Kirchner, ante la Asamblea Legislativa, 25.05.2003.

²⁰ Representaría un sesgo en el análisis pretender que existe un solo destinatario del discurso y que los metacolectivos singulares, que fundan la identidad del locutor y el alocutor, se reducen a unos pocos. Según el público inmediato que esté escuchando el discurso aquellos van cambiando. Por ejemplo, en el discurso emitido en una reunión de camaradería de las Fuerzas Armadas (07.07.2003) el presidente privilegia el uso de “la patria”, “la Argentina”, “los argentinos”. En otra ocasión, dirigiéndose a la Asamblea Legislativa hizo referencia a la “sociedad”, “los argentinos” y “los ciudadanos” (25.05.2003). En una reunión con la Asociación de Empresarios Argentinos explotó referencias como “los argentinos” y “el Estado” (02.06.2004). Pero en la mayoría de los discursos (actos públicos, declaraciones en los diarios, etc.), e incluso frente a las audiencias anteriormente nombradas, el concepto de “el pueblo” ha sido recurrente y distintivo frente a los gobiernos previos al 2001.

²¹ Figura que no tiene ninguna referencia con un actor social en particular (Verón, 1987).

²² A la vez que realiza ciertas aserciones, el párrafo presenta un destinatario encubierto del cuál se intenta diferenciar en su estilo de representación. Librado a la interpretación de los receptores del discurso éste podría ser cualquier otro dirigente que haya estado en su misma posición (“no quiero hacer un manoseo más de la credibilidad de nuestra Argentina”, “no me van a ver a mi tratando de mostrar un proyecto grandioso para después defraudar a todos”).

“El pueblo ha marcado una fuerte opción por el futuro y el cambio. En el nivel de participación de aquella jornada [las elecciones presidenciales del 2003] se advierte que pensando diferente y respetando las diversidades, la inmensa y absoluta mayoría de los argentinos queremos lo mismo aunque pensemos distinto. No es necesario hacer un detallado repaso de nuestros males para saber que nuestro pasado está pleno de fracasos, dolor, enfrentamientos, energías mal gastadas en luchas estériles, al punto de enfrentar seriamente a los dirigentes con sus representados, al punto de enfrentar seriamente a los argentinos entre sí. En esas condiciones, debe quedarnos absolutamente claro que en la República Argentina, para poder tener futuro y no repetir nuestro pasado, necesitamos enfrentar con plenitud el desafío del cambio”.²³

Las anteriores líneas pertenecen al primer discurso dirigido a la Asamblea Legislativa y proyectado a todo el país, por lo que, si bien el destinatario inmediato fueron los legisladores, el público general era el conjunto de ciudadanos. El párrafo puede resumirse en un diagnóstico: el país necesita un cambio debido a la situación regresiva, no obstante no se realizan argumentos que expliquen la situación y las soluciones posibles. El tropo que se utiliza para legitimar este cambio es el pueblo, el cuál se lo enaltece como aquel que toma decisiones y opta (es decir, como sujeto independiente-soberano). Sin embargo, el momento de la enunciación tiene su particularidad: al ser pronunciado durante la asunción como primer mandatario, en el mismo momento que se reconoce al pueblo como soberano se produce una legitimación presidencial, puesto que su lugar como mandatario emana de una elección popular.

En la siguiente frase, el presidente hace uso del “nosotros inclusivo” y se reconoce a sí mismo como parte de “la absoluta mayoría de los argentinos”. Por una serie de desplazamientos de las relaciones entre significados, [“el pueblo” tomó una decisión en las urnas = el presidente es parte de esa mayoría = el presidente es uno más del pueblo] el mandatario hace una nueva operación: reconoce al pueblo como su colectivo de pertenencia y es la vez intérprete de sus verdaderos intereses. Si se observa, el párrafo comienza con “el pueblo” opta y quiere “el futuro y el cambio”, y la última frase

²³ Discurso de toma de posesión ante la Asamblea Legislativa, 25.05.2003.

corresponde a una aserción, “una declaración de verdad”, acerca del “el futuro” y “el cambio”. Así, la operación simbólica es sencilla. El presidente (y con él, el gobierno) se instituye como igual, diluyendo la diferencia estructural entre gobernante y gobernado, pero la reinstala al adjudicarse el rol de agente de la solución de sus problemas.

En la tercera oración se observan una serie de connotaciones negativas en torno a un pasado. Esta fórmula se repite muchas veces en la estrategia retórica del gobierno. La sociedad argentina o el pueblo,²⁴ colectivo al cual el presidente se reconoce como parte, se instituye entonces un sujeto que experimenta una falta (daño) por un pasado ominoso (“nuestros males” que provienen de un pasado “doloroso”).²⁵ Para solucionarlo se propone una fuga al futuro que representaba “el cambio”. Al no adquirir un contenido concreto, el cambio tiene una connotación positiva a la cual toda opinión o expectativa ciudadana se puede adecuar, reduciendo los costos de información y ampliando la capacidad de articulación o aceptabilidad.

“Por eso, de nosotros no esperen anuncios rutilantes; día tras día trabajando como ustedes lo hacen en sus trabajos, porque el Presidente o el ministro o el gobernador definitivamente no son de una casta diferente, somos hombres comunes que, en el caso mío, hoy me toca trabajar de Presidente, pero bajo ningún aspecto voy a instrumentar o voy a llevar adelante discursos o acciones que generen nuevos fracasos en la fe y en la credibilidad del pueblo argentino.”²⁶

En el anterior párrafo se puede observar nuevamente el intento de demostrar que el gobierno no mantiene un interés propio y está al servicio del “hombre común”, porque *es* parte de ese grupo. Aquí entonces hay tres operaciones: Primero, diferenciarse de la “clase política” (herencia de la crisis del año 2001 y 2002) e identificarse con el hombre común. Segundo, anunciar que el sujeto político por el cual se debe gobernar es el pueblo. Tercero que éste no es una categoría privilegiada, un grupo especial de intereses,

²⁴ También el presidente hace repetidas veces uso de “los argentinos”, aunque ocupa un lugar similar a la figura de pueblo.

²⁵ Esto se repite en otras fórmulas como por ejemplo “Argentina que hoy está 10 kilómetros bajo tierra, de este subsuelo.” (11.08.2003)

²⁶ Fragmento del discurso del presidente Kirchner en el acto de firma del acuerdo con docentes, 03.06.2003.

o la sumatoria de toda la ciudadanía, “el pueblo” no tiene prerrogativas especiales, excepto la propiedad de la soberanía. Esto crea un efecto de desplazamiento simbólico del poder de decisión diferente al acto electoral. Por un lado, se reconoce a esta entidad abstracta como sujeto protagonista de la política pero, por el otro, como ésta no puede manifestarse sino a través de su representación (por definición inexacta), *ergo* el gobierno se atribuye la patria potestad de la misma. Esto convive con una serie de condiciones institucionales que favorecen la centralidad de la figura del presidente y, por tanto, de su capacidad de estructurar el campo de acción político por sobre la acción de los partidos políticos (oposición y oficial), el parlamento y los movimientos sociales. Esto reduce la visibilidad (y por tanto el poder) de diferentes posiciones políticas en el escenario e instala al líder como aquel mandatario que domina el campo.

Hasta aquí se pueden resumir algunas operaciones: a) El pueblo es el soberano y se eleva a categoría de mandato ineludible sus designios, b) El presidente, y por extensión su gobierno, son parte de ese sujeto e interprete de sus intereses, c) Por tanto, el programa del gobierno, es el programa del pueblo. Pero además, en caso de que esta operación sea exitosa, el gobierno se convierte en un incuestionable, porque siempre que se lo cuestione se estará poniendo en tela de juicio al pueblo.²⁷ En este sentido, la legitimidad proviene de un lugar que excede a los procedimientos electorales que en Argentina habían perdido peso como vía de consentimiento hacia los gobernantes y abarca al espectro (ahora sujetado) de la soberanía popular.

Pero es necesario agregar que la estrategia retórica siempre operó sobre un trasfondo: el reconocimiento de la “crisis” y, particularmente, la identificación del pueblo como dañado. Como se puede observar en todos los anteriores párrafos a este meta- colectivo singular se lo asoció con una situación regresiva, puesto es el pueblo un sujeto dañado, al que otros gobiernos les ha “mentido”. En otras palabras, se construye la figura de un pueblo que en el pasado ocupó el lugar de la víctima, paradójicamente, siendo el soberano. Pero ¿por qué el gobierno tiene necesidad de apelar a la soberanía del pueblo?, ¿por qué tiene que argumentar que está respondiendo a las demandas de toda la

²⁷ Es obvio la ilusión del traslado de la legitimidad del pueblo al gobierno que este desplazamiento no es un fenómeno cuantificable ni comprobable porque todavía no se sabe si la ciudadanía acepta esta transferencia simbólica pero, como se verá más adelante, hay algunas formas de comprobar la eficacia de la estrategia. En otras palabras, no se sabe aún si la receptividad del mensaje es exitosa (De Ipola, 1987).

sociedad?, ¿por qué necesita señalar los daños realizados a la sociedad y comprobar que es sensible?, ¿por qué promete reparar esos daños?. Los efectos políticos de la retórica cobran aquí especial protagonismo:

“Yo sé que con esta ley no vamos a reparar la vida del familiar, el daño causado, pero al menos creo que el Estado, que debe representar los intereses del pueblo, está presente y trata de llegar de alguna manera con la mano reparadora a aquellos que sufrieron la afrenta de aquella fecha.”²⁸

En el párrafo anterior, pronunciado en un acto en el cual se indemnizó a las familias de los asesinados en los conflictos de diciembre del año 2001, es posible notar un desplazamiento puesto que ya no es el gobierno, sino el Estado el que debe representar los intereses del pueblo, y en dicho ejercicio, debe reparar los daños causados. Pero este uso del pueblo “dañado” no se reduce en esta oración a señalar y demostrar una injusticia, sino reconocer y repararla con el objeto de nombrar un nuevo lugar para aquellos que han sufrido. En este sentido, el reconocimiento de la injusticia (demanda de los damnificados pero también de muchas organizaciones sociales), la legalidad reparadora (lo que hace referencia a que la ley debe ser una garantía de la igualdad aún en casos donde ésta ha sido dañada) y la solución vía “Estado” pueden ser entendidos a la vez como formas de dominio. En este punto del análisis podemos ver que las operaciones que producen al pueblo como sujeto de la política, el reconocimiento de las faltas y daños y el gobierno-Estado como garante de la reparación son estrategia de procesamiento de los conflictos, demandas y expectativas.

2. Contradestinatario: “Ellos, los enemigos del pueblo”

Otro elemento característico del discurso político es la presencia de un contra destinatario el cual cumple la función de la “contra creencia” o la creencia “invertida” (Verón, 1987). La inclusión de un contradestinatario permite mostrar las distancias entre las posiciones

²⁸ Palabras del presidente Néstor Kirchner en el acto de presentación del proyecto de ley de indemnización y reparación a las víctimas del 19 y 20 de diciembre de 2001, 13.02.2004.

entre amigos y enemigos al delimitar la creencia del colectivo de pertenencia a partir de la diferencias con la creencia de los “otros”. Esta entidad admite reafirmar la identidad del grupo del que enuncia y disuadir a la tercera persona (público) al intentar deslegitimar, paralizar o desactivar la acción de los que entran en el campo del enemigo político. En los actos de habla muchas veces este destinatario aparece como encubierto y se hace referencia a él de manera indirecta. En general, en el marco de la producción de aserciones que se dirigen a un destinatario directo se realizan advertencias o amenazas y se busca anular al contra destinatario como interlocutor válido. Las marcas que deja en el discurso el destinatario encubierto son frases tales como “aquellos que”, “esos dicen que”, “los que”, y signos con connotaciones negativas y amenazadores (García Negroni, 1988).²⁹

En el discurso del presidente Kirchner, los contradestinatarios³⁰ son múltiples pero en general asociados a una referencia: “neoliberalismo” (o “la ortodoxia liberal”). A esto se lo circunscribe temporalmente a “la década de los noventa” y se lo asocia a una serie de conductas y cualidades: “los privatizadores”, “el individualismo”, “los corruptos” “la vieja política”. Según quién sea el interlocutor, el contexto retórico o las circunstancias esta fuerza puede ser encarnada por diferentes actores entre los que se privilegian: anteriores gobiernos, oposición partidaria y no partidaria, el FMI.

“Hay muchísimos números que ya empiezan a acompañar, también hay resultados que son muy importantes en los marcos social, económico y laboral a pesar de

²⁹ Dice Kirchner “Para aquellos que siguen amenazando desde las sombras, que sigan amenazando que no hay problema, que la decisión está tomada, se va a llevar a cabo el 24 de marzo y es un punto de inflexión cualitativo para nuestro pueblo argentino.[...] la última decisión que tengamos que tomar por la irreflexión, por la intolerancia, por el autoritarismo, por el absolutismo, por aquellos que no entienden que en la sociedad tenemos que aprender a convivir con pluralidad y consenso y escucharnos los unos a los otros.” Palabras del presidente Néstor Kirchner en el acto de presentación del proyecto de ley de indemnización y reparación a las víctimas del 19 y 20 de diciembre de 2001, 13.02.2004.

³⁰ Hay que distinguir un matiz, “el modelo neoliberal” es puesto en el lugar de la fuerza “antagónica” a nivel retórico porque el gobierno delimita su propia identidad a partir de diferenciarse de aquel y mostrarlo como una amenaza a la nación y al pueblo (colectivos al los cuales el gobierno se hace pertenecer a través del uso constante del “nosotros inclusivo”) éste representa un límite a su identidad pero también le permite constituirla. No obstante, cuando se relaciona con los actores concretos (sujetos definidos socialmente y no como una fuerza abstracta) la relación es “agonal”, es decir, no implica una ruptura total, sino que existe un reconocimiento de la legitimidad del otro y, por ende, espacios de negociación. Por ejemplo, para movilizar sus bases de apoyo se presenta al FMI en un campo antagónico, pero abrir negociaciones con el propio organismo se instaura dicha relación agonal.

todos los diagnósticos que hacían los sabios de la Argentina liberal que decían que aquí si no se hacía lo que decían los organismos internacionales, en forma absolutamente cerrada y ortodoxa, nuestro país explotaba. Ya había explotado, y la habían hecho explotar ellos con el concepto y con la filosofía, porque son los mismos –y por eso hay que tener memoria, argentinos - que nos llevaron, que cultivaron, que fomentaron esta Argentina que culminó con su crisis en 2001”³¹

La figura de “el neoliberalismo” ocupó (y aún ocupa) un lugar fundamental en la estrategia discursiva aprovechando al máximo que la recesión económica iniciada en el año 1998 y la crisis de finales de 2001 había generado un creciente desprestigio de lo que se denominó “modelo neoliberal”. Este contexto fue explotado y el “modelo” representó, en la retórica presidencial, la opción inválida a seguir por ser la causa de los daños sociales, de esta manera se legitimaban discursivamente aquellas políticas emprendidas por el gobierno presentadas como contrarias al modelo anterior.³² Pero además también le permite cancelar, dejar fuera del campo de acción legítimo a sus opositores ya que al asociarlos con el modelo neoliberal no solamente les endilga una posición inviable económicamente sino también moralmente y en oposición a los intereses del pueblo. En consecuencia, el modelo neoliberal se constituye como un conjunto de políticas ineficientes e inútiles para solucionar la situación económica crítica sino también que es el nombre de las injusticias que sufre el pueblo.³³ Pero con este ejercicio el gobierno también intenta dominar otra fuente de conflicto. Adoptando el neoliberalismo y desatando su asociación con toda la clase política, la nueva fuerza política en el gobierno se apropió del enemigo que había definido muchas posiciones desde el movimiento como el piquetero, el asambleario o el de fábricas recuperadas, desestabilizando sus identidades. Si ahora el gobierno no es más neoliberal puesto que discursivamente se aparta, entonces ¿quién ocupa el lugar del enemigo? o ¿se trata de otro tipo de enemigo?

³¹ Palabras del presidente Néstor Kirchner en el acto de presentación de insumos y herramientas para el desarrollo local y la economía social dentro del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, 06.01.2004.

³² Al respecto puede citarse la siguiente intervención: “Tenemos que volver a planificar y ejecutar obra pública en la Argentina, para desmentir con hechos el discurso único del neoliberalismo que las estigmatizó como gasto público improductivo.” Discurso ante la Asamblea Legislativa, 25.05.2003.

³³ “Nosotros los conocemos porque lo vimos, nos dijeron durante toda la década del 90: tengan paciencia, esperen que el vaso va a derramar. Derramó en hambre, en exclusión, en olvido, queridos amigos y amigas.” Palabras en el encuentro de la militancia, 11.03.04.

o ¿se trata de una mentira y el gobierno sigue siendo neoliberal? Estas preguntas pueden ayudarnos a comprender muchos de los dilemas que presentaron las organizaciones de desocupados y la relativa (y siempre precaria) cancelación del conflicto social disruptivo por parte del gobierno.

III. El Estado en el lugar del mito.

Hasta aquí hemos reconstruido en la estructura del discurso de Kirchner los diferentes procesos de articulación, desplazamiento, lugares retóricos con que el presidente reconfiguró una hegemonía que difícilmente podían anticiparse al inicio de su gestión (una muestra de la contingencia de la política). El gobierno adoptó al pueblo soberano como destinatario de sus decisiones, pero, además recreó una denuncia de injusticias arremetidas contra el pueblo y optó por marcar una frontera de enemistad con “el neoliberalismo”. Pero esto dice poco del ejercicio retórico ya que hasta aquí parece que lo único que hace el gobierno es interpretar los intereses sociales y generar promesas electorales. El ejercicio del gobierno no solamente se orienta a “descifrar” las demandas de la ciudadanía y el agotamiento de una forma de articular economía y política. Sino también a reorganizar y, por tanto, a provocar una reposición de los diferentes autores en el escenario político.³⁴ En el caso del gobierno de Néstor Kirchner la estrategia se orientó a la construcción hegemónica porque la estructuración del campo político se operó a partir de la relación entre una fuerza particular que ocupó el lugar del universal.³⁵

En este sentido, hay un elemento fundamental que es necesario identificar en toda su densidad para observar la eficacia del discurso redentor: el lugar del Estado como herramienta de esa redención. En efecto, el Estado pasó a ocupar un lugar en el discurso presidencial que contrastó con la primacía del mercado durante los años noventa³⁶. Esto

³⁴ Por ejemplo, entre organizaciones de carácter político no orientadas a la competencia electoral, antes y después del año 2003, hubo un reordenamiento, antiguas alianzas se rompieron y algunas pasaron de ocupar el lugar de la oposición al lugar del oficialismo. Este es el caso de las relaciones entre la Federación Tierra y Vivienda y la Corriente Clasista y Combativa que se rompieron porque la primera apoyó activamente al gobierno mientras que la otra le retiró su consentimiento.

³⁵ Fórmulas tales como “abrir las puertas de la producción, del trabajo y del estudio para todos los argentinos” (11.03.2004) puede ser una manifestación de dicha relación.

³⁶ Lo discursivo fue acompañado por políticas orientadas a obtener incremento en el superávit fiscal impulsando la exportación y destinando recursos hacia la financiación de planes sociales. La promesa de

está relacionado con los contenidos específicos de la promesa, Estado, producción y trabajo, ya que no sólo son medios para superar conflictos o mejorar la calidad de vida, sino caminos para alcanzar la plenitud social. Esto supone un estilo político; que la práctica política no solamente es una manera de administrar las cosas, sino una forma de organizar la comunidad y alcanzar su "perfección" en palabras de Oakeshott (1998) o "redención" según Canovan (1999)

En el siguiente párrafo extraído del discurso de toma de posesión del presidente se observa como se ordenan los signos que ofrecían un principio de lectura para leer la realidad, intentar dominar las demandas y las expectativas:

“Se trata, entonces, de hacer nacer una Argentina con progreso social, donde los hijos puedan aspirar a vivir mejor que su padres, sobre la base de su esfuerzo, capacidad y trabajo. Para eso es preciso promover políticas activas que permitan el desarrollo y el crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y la mejor y más justa distribución del ingreso. Como se comprenderá el Estado cobra en eso un papel principal, en que la presencia o la ausencia del Estado constituye toda una actitud política [...] Es el Estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales en un trabajo permanente de inclusión y creando oportunidades a partir del fortalecimiento de la posibilidad de acceso a la educación, la salud y la vivienda, promoviendo el progreso social basado en el esfuerzo y el trabajo de cada uno. Es el Estado el que debe viabilizar los derechos constitucionales protegiendo a los sectores más vulnerables de la sociedad, es decir, los trabajadores, los jubilados, los pensionados, los usuarios y los consumidores. Actuaremos como lo que fuimos y seguiremos siendo siempre: hombres y mujeres comunes, que quieren estar a la altura de las circunstancias asumiendo con dedicación las grandes responsabilidades que en representación del pueblo nos confieren.”³⁷

plenitud (de “Inclusión social”, “Justicia social”, “progreso social”) conlleva un agente pertinente para su realización: el Estado. Después de décadas de un Estado deficitario se pasó a un Estado con superávit. Esto fue posible por un conjunto de decisiones políticas.

³⁷ Discurso de toma de posesión del cargo ante la Asamblea Legislativa, 25.05.2003.

El discurso del presidente Kirchner ofrecido a todo el país por cadena nacional contiene los principales elementos del mito: el Estado como instrumento de la recuperación económica, social y política. Este adquiere un lugar diferente dentro del discurso frente a las tendencias registradas en los usos que hacía los gobernantes durante la década de los noventa. Lo primero que se observa es la connotación positiva con la cuál se lo intenta revestir. Pero además, este signo no hace referencia a un conjunto de instituciones que organizan los bienes públicos, sino que hace las veces de un principio de lectura de la realidad, sobre todo económica y política.

El Estado se establece como motor del progreso y reparador de la desigualdad y, por tanto, garante de la igualdad traducida en salud, educación, trabajo, vivienda, derechos constitucionales.³⁸ Como se puede observar, no se trata de un programa o plan de gobierno que de coherencia o viabilidad a demandas que no tienen relaciones necesarias entre sí. El Estado (reparador, promotor, garante del derecho) se instituye en el lugar del “suturador” de las deficiencias sociales y, por tanto, el nuevo espacio de contención de amplios sectores allí enumerados (trabajadores, jubilados, etc.).

Finalmente, el anterior fragmento culmina mostrando que el gobierno está en esa doble posición a la que hicimos referencia: son gente común y son los representantes de esa gente común (el pueblo). Entonces, se establecen las principales demandas a atender (crecimiento y desarrollo económico, distribución del ingreso, trabajo, etc.) pero insertándolas en el contexto del nuevo rol del Estado. Así, la operación retórica permite comprender cuáles serán las coordenadas que guían la actuación del gobierno, pero también, existe otro efecto, Pueblo, Gobierno y Estado se comienzan a traslapar en este escenario.

“Les puedo asegurar que esta oportunidad que nos da el pueblo y la historia de tener la iniciativa en la conducción del Estado argentino la vamos a honrar con trabajo, capacidad, honestidad, esfuerzo y absoluto compromiso con los ideales que tenemos.” (25.05.2003) “[...] todo el esfuerzo que podamos hacer y toda la

³⁸ En este sentido, es llamativo que en una suma de 60 discursos presidenciales realizados entre los años 2003 y 2004, 90 veces se haya utilizado la palabra Estado y 88 gobierno, la mayoría de las propuestas realizadas por el gobierno se hacen en nombre y dirigidas hacia éste y no como emprendimientos de aquel último.

obra pública que vamos a anunciar, que va a ser mucha y que con bastante esfuerzo la vamos a hacer, tiende a generar las bases de una Argentina distinta donde tengamos un Estado presencial, donde aparezca de vuelta no el Estado benefactor, sino el Estado que promueve, la provincia que actúa y el municipio que ejecuta, generando una clara funcionalidad donde la gente vuelva a darse cuenta que las instituciones del Estado juegan un rol fundamental.” (11.08.2003) “Hemos aprendido con sufrimiento que no hay democracia sostenible con exclusión social, así como no hay economía incluyente sin un Estado que actúe como garante del bien común, presupuesto de cualquier sociedad que aspira a ser nación.” (21.04.2004) “La sociedad argentina y el Estado están tomando ahora el rumbo correcto, única garantía de estabilidad política, de democracia real, elementos esenciales de nuestra seguridad institucional, apto para radicar definitivamente beneficios en toda la región.” (14.04.2005)

A primera vista se puede observar cómo en los anteriores fragmentos el signo “Estado” permite organizar el contexto lingüístico y simplificar la acción política. El gobierno no comunica a los ciudadanos los detalles de cada una de las políticas, pero si anuncia los principios generales. En el caso del gobierno argentino se eligió al Estado para ocupar el lugar del “mito” que, en caso de ser efectivo (lo que hasta ahora no se ha analizado) otorgaría un principio de lectura, reduciría la complejidad social y, por tanto, estructuraría el campo de acción del gobierno pero también de los otros.³⁹ Por un lado, intenta rearticular diversos elementos de la vida social; trabajo, obra e inversión pública, industria, instituciones, etc. lo que permitiría constituir al Estado como el elemento singular pero equivalente frente a la diversidad de las demandas sociales. Por otro lado, el Estado se instituye como garantía de bienes simbólicos más generales, democracia, crecimiento del país, bienestar social, estabilidad política, pero sobre todo, de inclusión

³⁹ “El mito no niega las cosas, su función, por el contrario, es hablar de ellas; simplemente las purifica, las vuelve inocentes, las funda como naturaleza y eternidad, les confiere una claridad que no es la de la explicación, sino de la comprobación. Al pasar de la historia a la naturaleza, el mito efectúa una economía: consigue abolir la complejidad de los actos humanos, les otorga la simplicidad de las esencias, suprime la dialéctica, cualquier superación que vaya más allá de lo visible inmediato, organiza un mundo sin contradicciones puesto que no tienen profundidad, un mundo desplegado en la evidencia, funda una claridad feliz: las cosas parecen significar por sí mismas” (Barthes, 1999: 238 –239). Citado en Aibar, 2003.

social. En este sentido, el mensaje puede resumirse en el siguiente: el Estado no sólo es el instrumento para responder las demandas discretas, es, también, o justamente por ello, el que puede darle unidad a la sociedad quebrada, dislocada, dañada.

Estas promesas de inclusión, equidad y reparación como forma de alcanzar la plenitud plenitud en el marco del Estado frente a las actuaciones de los gobierno caracterizados como neoliberales pueden entenderse como las huellas de una dislocación entre la articulación hegemónica previa. En la recomposición el discurso reinstala a la política como ámbito para alcanzar la plenitud mediante la instrumentación del Estado. En efecto, la apelación a la reparación plena (“inclusión de todos los argentinos”) que sólo puede ofrecer el Estado, constituyó el reverso del reconocimiento de un daño. Esto es positivo si se compara con el tipo de Estado que declaraba su impotencia frente a los procesos del mercado y a las demandas que se enfrentaba que ponían en evidencia las limitaciones del tipo de articulación liberal entre sistema político y sistema económico. Pero estas promesas de inclusión social, si bien suponen la inscripción de la igualdad que tiene un parecido de familia con las demandas nacidas sobre todo durante los años 2001 y 2002, no son ajenas a la lógica de poder. Las mismas se orientan a tratar de estructurar el campo de acción de los otros, como se analizará más adelante en relación con las organizaciones piqueteras.

Cabe especificar que en el caso de un gobierno, este futuro prometedor no se desarrolla de la misma forma que las prácticas políticas nacidas de otros lugares de enunciación. El gobierno posee la prerrogativa del poder institucional, lo que le da una ventaja, pero a la vez está comprometido a generar mínimos consentimientos a través de la toma de decisiones vinculantes y resolución de los conflictos relevantes. En otras palabras, las funciones de gobierno no pueden desplazar las promesas solamente al futuro como si pueden hacer otros sujetos políticos, por ejemplo, actuando desde la sociedad. Por el contrario, para generar el consentimiento de la población los gobiernos deben traer al presente pequeños retazos de la promesa futura: si la propuesta es la inclusión social, el aumento de salarios, la creación de obras públicas, la merma en el desempleo pueden ser esas muestras que son explotadas para la consolidación hegemónica.

VI. EFICACIA DISCURSIVA EN LA DISPUTA POLÍTICA: EL CASO DEL MOVIMIENTO DE DESOCUPADOS

El espectro del pueblo soberano que había “despertado” hacia finales del 2001 fue rearticulado en un discurso kirchnerista, que a la vez que lo reconocía como víctima y fuente del poder constituyente se adjudicaba un lugar de representación y una tarea de redención. En esta tarea, eminentemente política, Kirchner tuvo que jugar en un terreno dominado por otro actor político que había encarnado el rostro de la Argentina profunda, el recuerdo andante de la promesa incumplida de integración social: los desocupados y sus organizaciones piqueteras. Tal vez en este campo del conflicto social sea dónde más claramente pueda observarse la relevancia de los discursivo para la política y la eficacia del discurso kirchnerista. En efecto, en el caso de los desocupados podemos apreciar todos los elementos que hemos ido desentrañando a lo largo del presente trabajo: a) La nominación de la dislocación como “crisis”, b) la identificación de una víctima: el pueblo, el cuál es fuente de la soberanía legítima, c) La inscripción del gobierno de Kirchner como genuino representante de los intereses populares, d) La identificación de un enemigo (neoliberalismo, década del noventa, etc.) causante de los daños sufridos por el pueblo y e) El lugar asignado al gobierno de Kirchner como redentor para lo cuál cuenta con una herramienta: el Estado. En efecto, la estrategia discursiva del kirchnerismo en el campo en que se hicieron presentes los desocupados no varió de su matriz bautismal que ya hemos desarrollado:

Es preciso siempre recordar de qué situación venimos; vamos de a poco superando con esfuerzo lo que constituyó la peor crisis de nuestra historia; vamos escalando peldaño a peldaño lo que ha sido y todavía es el calvario de la Argentina. Venimos del infierno intentando todavía salir de él, por eso debemos actuar con memoria. Debemos repasar los hechos que marcan con toda contundencia a veces cuánto hemos avanzado, otras veces cuánto nos falta recorrer y otras tantas cuánto cuesta reconstruir lo que ha sido destruido. (Kirchner 01.03.06, mensaje a la Asamblea Legislativa)

En este párrafo también correspondiente al mensaje a la Asamblea Legislativa, pero del año 2006, se utiliza la metáfora del infierno como un tropo para nominar la dislocación del 2001. La referencia al “infierno” agrega fuerza simbólica a la imagen de la Argentina en crisis, a la vez que produce un campo de operación para la acción del redentor del que venimos hablando. Al reconocer la crisis en términos dramáticos el presidente desarticulaba el espacio simbólico de los movimientos, disputándole uno de “sus” sentidos, diciendo, en parte, lo que ellos argumentaban. Es de esperar que este hecho genere desconcierto, en particular por la fuerza contenida en la enunciación retórica del presidente que, desde el centro del sistema político, se apropiaba de signos elaborados por los movimientos sociales. Esto se hizo aún más evidente porque además en el discurso aparecía un enemigo, contradestiantario del discurso, nombrado (neoliberalismo, década del noventa) que había sido un espacio convocante a la diversidad de identidades beligerantes. En efecto, el exceso metafórico que podrían generar las demandas del movimiento piquetero quedó oculto tras la velocidad y la eficacia del discurso del gobierno, lo que no implicó su desaparición ni el ejercicio de resistencia pero sí una imposibilidad de detener el desplazamiento que Kirchner propuso, erigiéndose como redentor del “pueblo” y, de esta manera, disputando con organizaciones que intentaban acaparar esa redención.

Allí se produjeron disputas por el sentido de la crisis y por las formas de resolución de la misma. Es decir, mientras que para el gobierno y algunas organizaciones de desocupados (como la Federación de Tierra y Vivienda –FTV- y el Movimientos Barrios de Pié) la crisis fue producto del neoliberalismo imperante en los años noventas, para otros se trataba de una consecuencia inherente al capitalismo.⁴⁰ Incluso entre aquellos que identificaron las causas en el neoliberalismo no hubo acuerdo en el lugar que ocupaba el gobierno de Kirchner: ¿era la nueva gestión del modelo neoliberal o el cambio hacia un modelo nacional-popular? Mientras muchas organizaciones intentaban encontrar respuestas a estos dilemas, el gobierno articuló en su discurso una interpelación directa a los desocupados, las bases de los movimientos piqueteros y a las organizaciones identificadas con los símbolos nacional-populares. En efecto, el discurso de Kirchner

⁴⁰ Las consecuencias de este tipo de argumentación son importantes, mientras uno plantean la superación de esa forma de producción, los otros plantean la modificación de la misma.

sobre el trasfondo de esa crisis identifica con mayor claridad las víctimas, entre las que se destacan los desocupados:

El desempleo es la herida más dolorosa que pueda sufrir una Nación. De allí que nuestra prioridad está puesta en generar políticas activas de empleo para quienes sufren en carne propia ese flagelo⁴¹.

Pues bien, tenemos un contexto nominado como crisis y bajo la metáfora del “infierno”, tenemos las víctimas condenadas a ese infierno (el pueblo argentino, los trabajadores, los desocupados), y aquí la productividad discursiva alcanza una enorme trascendencia porque la conclusión que se construye es el reposicionamiento del lugar del Estado (y el gobierno) en la resolución de ese daño. El gobierno que dirige el Estado a cargo de Kirchner es el conductor de un proceso que involucra al pueblo interpelándolo (“yo les pido que me ayuden” es una de las frases recurrentes del presidente) pero que le adjudica un lugar de “acompañante” y lo desplaza del protagonismo reclamando una especie de “monopolio legítimo de la redención”.

“Estamos al borde de salir del infierno, espero que el 10 de diciembre del 2007 le podamos decir al pueblo argentino que estamos en las puertas del purgatorio, pero el purgatorio en la construcción colectiva, de un país armonioso, la distribución equitativa de la riqueza, que la inversión llegue a los lugares más marginados, profundizar que se consolide la caída de la desocupación, que caiga la indigencia, que sigamos con el avance de la disminución de la mortalidad infantil (Kirchner, 30.11.06)

La consecuencia política es nuevamente clara: hay un sólo agente legítimo para resolver los problemas de “los argentinos” y este es el gobierno del Estado nacional. En efecto, el juego retórico tiende a reposicionar una forma de representación política que reniega de otros “gobiernos” y que se presenta como la redención de los desocupados. De lo anterior se deriva la primera estrategia del gobierno de Kirchner: reconfigurar la demanda de las

⁴¹ Mensaje a la Asamblea Legislativa, 01.03.04.

víctimas de tal manera que no exceda al gobierno la tarea de redención. Con esta construcción el presidente se enfrenta a las organizaciones de desocupados, explotando al máximo la raigambre de los sentidos nacional-populares en la subjetividad subalterna⁴². Nuevamente emerge la disputa por los usos de “pueblo” como categoría política y como espectro de la democracia. Mientras el gobierno de Kirchner elabora una articulación sintagmática, las organizaciones opositoras buscaron arrancar esa representación del seno gubernamental para situarlo nuevamente en la calle.

En este plano es indudable la eficacia del discurso presidencial que pudo explotar los sentidos nacional-populares al punto tal de incorporar al proyecto nacional a importantes organizaciones de las llamadas “piqueteros”, a la vez que logró éxitos en la contienda con las organizaciones que se mantuvieron en la oposición disputándole sentidos. Los sucesivos desplazamientos discursivos permitieron reconfigurar la demanda de los desocupados para que no exceda la responsabilidad del Estado (y del gobierno que lo gestiona). Por supuesto no podría explicarse la eficacia de este corrimiento si no se considera que la operación discursiva fue acompañado por políticas sociales (Plan Jefas y Jefas, Manos a la Obra, y ahora Familias por la Inclusión) que tendieron a dar respuestas y reforzar el “monopolio” estatal de la resolución del conflicto. Pero el abordaje de estas políticas que reaseguran las condiciones de efectividad del discurso no pueden ser analizadas en este artículo, quedando para futuras investigaciones.

V. ALGUNAS REFLEXIONES FINALES.

En el presente trabajo hemos articulado dos objetivos centrales, uno teórico y el otro empírico. Por el lado teórico nuestra intención era defender la relevancia de la retórica y el discurso como un componente del campo político. Esto hace vana la crítica de “mera

⁴² Esta operación no hubiera sido posible sin dos elementos. Primero la presencia en la subjetividad subalterna de ciertos signos asociados al rol del Estado y el gobierno en la persecución de fines colectivos propios de la matriz estado-céntrica. Segundo, si en la misma demanda de los desocupados por “trabajo digno”, no hubiera una referencia directa al rol del Estado: tanto las movilizaciones hacia el Ministerio de Trabajo, (Exigiéndole al gobierno) como en la negociación de los Planes sociales existe inscripta una estatalidad que, si bien fue condición de posibilidad de una interpelación movilizante, también marcó los límites de la protesta.

retórica” o “discurso demagógico” puesto que ambos son en alguna forma acciones políticas, usos performativos del lenguaje con insoslayables consecuencias de estructuración del campo político, asociadas a la búsqueda de consenso y en definitiva indispensables en la construcción de hegemonía. La retórica tiene indudable efectos políticos.

En lo estrictamente atinente al caso argentino hemos observado la relevancia histórica del signo “pueblo” y, nos detuvimos en los usos discursivos por parte de Néstor Kirchner como forma de establecer condiciones para la reconfiguración hegemónica. En este plano reconstruimos las operaciones que le permitieron al presidente argentino lograr cierto dominio del campo político. Al reconocer la dislocación hegemónica de fines del 2001 como una “crisis” y asignar la culpabilidad de las injusticias al “neoliberalismo”, el gobierno realizó un movimiento simultáneo. En efecto, disputó los nombres que habían sido convocantes para la protesta social apartándose del campo del “enemigo” del pueblo para situarse junto a él, invocándolo y reconociendo su soberanía. Pero esta jugada fue complementada con un corrimiento del gobierno haciendo la distinción entre la “vieja clase política” enfrentada al pueblo, y el nuevo gobierno que era parte (aunque no dejaba de ser representante) de ese pueblo. El resultado, como vimos, fue el reposicionamiento del gobierno como legítimo depositario de la soberanía popular que presentaba la promesa de plenitud social en clave estatal.

De esta manera queda en evidencia la productividad del discurso político en el caso argentino y sus efectos en relación con formas de sutura hegemónica que instauran campos de acción. La hegemonía de Néstor Kirchner, amén de la los aspectos económicos, le debe mucha de su constitución a la eficacia de sus operaciones discursivas que siendo acusadas de “pura retórica” y “discurso demagógico” tienen una función eminentemente política, cuyo desarrollo debe ser investigado para avanzar en la comprensión del momento histórico del país y contribuir a desentrañar las lógicas políticas en general.

Bibliografía

- AIBAR, Julio (2003), *El retorno del general. El bussimo, la otra cara de la democracia Argentina*, Tesis Doctoral, México, FLACSO, 272 p.
- AGAMBEN, Giorgio (2001) *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Pretextos. Valencia.
- ALMEYRA, Guillermo (2004) *La protesta social en Argentina (1990-2004)*. Peña Lillo-Ediciones Continente, Buenos Aires
- ARDITI, Benjamin (2007). *Politics on the edges of liberalism: difference, populism, revolution, agitation*, Edinburgh University Press. Edinburgh,UK.
- AUYERO, Javier. (2002). *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Libros del Rojas. Buenos Aires.
- BALIBAR, Étienne (2004), *Derecho de Ciudad. Cultura y política en democracia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 200 p.
- BARBETTA, Pablo y BIDASECA, Karina (2004) “Reflexiones sobre el 19 y 20 de diciembre de 2001 “Piquete y cacerola, la lucha es una sola”¿emergencia discursiva o nueva subjetividad. *Revista Argentina de Sociología*. Año 2, núm. 2
- BONASSO, Miguel (2002) *Entre el palacio y la calle*. Planeta, Buenos Aires.
- BRAVO, Nazareno (2003). El discurso de la dictadura militar argentina (1976-1983): Definición del opositor político y confinamiento-"valorización" del papel de la mujer en el espacio privado. *UPL*, jul., vol.8, no.22, p.107-123
- CAFASSI, Emilio. (2002) *Olla a Presión. Cacerolazos, Piquetes y asambleas, sobre el fuego argentino*. Libros del Rojas. Bs. As
- CASANOVAN, Margaret (1999), “Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy”, *Political Studies*, Vol. 47, No. 1, pp. 2-16
- DE ÍPOLA, Emilio (1987) El discurso político. *Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette.
- DE LUCIA, Daniel Omar. (2002) “La revuelta de diciembre: hipótesis y perspectivas. *Herramienta Revista de Debate y Crítica Marxista*, 19
- GARCÍA NEGRONI, M.M. (1988) ‘La destinación en el discurso político: una categoría múltiple’, *Lenguaje en Contexto*1(1/2): 85-111.
- HARDT, Michel y Antonio NEGRI (2002) *Imperio*. Paidós. Buenos Aires

- LACLAU, Ernesto (2005) *La razón populista*. FCE, Buenos Aires.
- LACALU, Ernesto (2006) “Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical” en Cuadernos del CENDES, mayo-agosto año/vol 23, nùm., 062, políticas públicas. Pp. 1-36
- LAUFER, Rubén y Claudio SPIGUEL, (1999). "Las "puebladas" argentinas a partir del "santiagueñazo" de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha". En López Maya, Margarita, ed., *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Caracas, Nueva Sociedad.
- MERKLEN, Denis. (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Editorial Gorla,
- MTD Aníbal Verón (2003) *Dario y Maxi dignidad piquetera*. Ediciones 26 de junio, Buenos Aires.
- OAKESHOTT, Michael (1998), *La política de la fe y la política del escepticismo*, introducción y edición de Timothy Fuller, México: Fondo de Cultura Económica
- RANCIERE, Jacques (2006). *El odio a la. democracia*, Amorrortu Editores, Argentina.
- RANCIERE, Jacques. (2000) “Política, identificación y subjetivación”, en Arditi Benjamín (compilador) *El reverso de la diferencia*. Caracas. Pp. 145-152.
- SARTORI, Giovanni (1989) *Teoría de la democracia*, Alianza Editorial, México.
- SVAMPA, Maristella (2005) *La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus
- VERÓN, Eliseo y AA.VV. (1987): *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos, “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”*. Buenos Aires. Hachette.
- VIRNO, Paolo (2003) *Gramática de la multitud*. Colihue. Buenos Aires
- ZIZEK, Slavoj (2006) “Against the populist temptation”, *Critical Inquiry*, 32,